

El presente en una mirada retrospectiva del pasado

Raúl Prada Alcoreza



Quizás haya *momentos cruciales* cuando es conveniente detenerse y hacer un *análisis del presente a través de una mirada retrospectiva del pasado*; es decir, una *genealogía*. Momentos como los golpes de Dios, que Cesar Vallejo devela en los *Heraldos negros*. Momentos de desolación y amargura, momentos también de enojo y de furia, momentos de *crisis existencial*. Quizás una de las preguntas sea: ¿qué hemos hecho para merecer esto, este *desenlace*? La *historia* parece una condena y una fatalidad, como si estuviéramos destinados al fracaso y a la derrota. Entonces estamos dispuestos a las actitudes más controversiales, inclusive contradictorias, ambivalentes, diletantes. Es como romper las copas en la pared, estrellar la vajilla en el piso o tirar cualquier cosa, con tal de descargar la furia. Pero, nada de esto, estas acciones de descarga, de *catarsis*, nos puede ayudar a resolver el desafío ni el *problema* que enfrentamos. Es menester, detenerse, tranquilizarse, respirar profundo, darse la oportunidad para *reflexionar*. Por lo menos hacerse una simple pregunta: ¿qué ha pasado? Ahora bien, esta pregunta tiene que ver con nuestra *historia efectiva*, no con la *historia oficial*, no con el *relato del poder*, sino con las *historias singulares* que relatan nuestros diversos y variados recorridos, pero, sobre todo, que han dado lugar a la convergencia del *momento* del que hablamos.

La pregunta que tantas veces mencionamos, en distintas ocasiones, tocando diferentes temas cruciales, es: ¿Cómo hemos llegado a ser lo que *somos* en el *momento presente*? Usando esta pregunta hermenéutica de Michel Foucault, que nos parece pertinente, abordando los *espesores de intensidad* de la *arqueología de los saberes*, de la *genealogía del poder*, de la *hermenéutica del sujeto* o, mejor dicho, de la *hermenéutica de la subjetividad*. Entonces, en este caso, debemos atender a todos los *dispositivos* que nos han constituido

como *sujetos*; esa larga y persistente *inscripción* en nuestros *cuerpos* de los *diagramas de poder*, sobre todo las *tecnologías de poder*.

Ahora bien, la *constitución de sujetos* no solo responde a la *inscripción* de los *diagramas* y las *tecnologías de poder*, sino también a las *resistencias*, las que terminan desviando los efectos programados de los *diagramas de poder*. Por eso los *sujetos sociales* son *abigarrados*; contienen *geologías de experiencias estratificadas* y *memorias sedimentadas*, que, dependiendo de las *composiciones* logradas y las *dinámicas* desatadas, devienen en predisposiciones que despliegan comportamientos y acciones determinantes, como incidencias comprobables en los hechos, sucesos, eventos y desenlaces.

La *derrota* boliviana en el CIJ es uno de esos *momentos* mencionados. Esta *derrota* no parece solo ser atribuible al manejo gubernamental, que, por cierto, fue modesto, timorato y leguleyo, sino a la *historia* de comportamientos derrotistas desplegados desde la guerra del Pacífico. No solamente nos referimos a la firma del Tratado de 1904, sino las mismas prácticas políticas y diplomáticas de todos los gobiernos bolivianos, que se sucedieron hasta el *momento presente*, incluyendo, claro está, el “gobierno progresista” de ahora. Todos los gobiernos, a pesar de sus diferencias, sean estas ideológicas, políticas y discursivas, inclusive de estilos de gobierno, no han sido otra cosa que la ratificación de la *claudicación* del Tratado de 1904, es decir, de la entrega del Atacama por un ferrocarril. Una prueba reciente, es que en el juicio de la Haya se pedía la “obligación de negociar” la salida al mar para Bolivia.

Ha sido una *derrota*, que no se puede ocultar; si se pretende hacerlo, se persiste en el daño, encubriendo lo que pasó. Todo el equipo

boliviano, los involucrados directamente, desde el presidente hasta los agentes y voceros, pasando por el "director técnico", son responsables de este fracaso y esta *derrota* jurídica internacional. Por eso, lo que asombra es que todos ellos actúen como si no fuera grave lo que pasó, sino algo pasajero, quizás un malentendido. Continúen su rutina, se embarquen en las elecciones próximas, diseñadas de una manera inconstitucional, promovidas por una ley que vulnera la Constitución y se desentiende de la *voluntad popular*, que se pronunció el 21 de febrero de 2016. Los *perfiles* que se presentan en estas elecciones corresponden a la *casta política* que nos ha arrastrado a la reciente *derrota*, que denominamos la *tercera derrota de la guerra del Pacífico*. Si esto ocurre, si se dirime entre personajes de esta *casta política*, aunque se presenten como opuestos, significa que el *pueblo* no se ha detenido a *reflexionar*, no ha *analizado el presente a partir de una mirada retrospectiva del pasado*, y sigue encandilado en los juegos pendulares del *círculo vicioso del poder*.

El *problema* que señalamos, relativo a la *responsabilidad del pueblo*, no es un invento especulativo o teórico, sino que es corroborable, como se dice comúnmente en la *historia*; ante las derrotas militares y pérdidas territoriales, el pueblo ha reaccionado dilatadamente, como tomando *consciencia* mucho después de los hechos; por otra parte, ha dejado que la *casta política* termine institucionalizando la *derrota*, no solo con la aceptación del Tratado de 1904, sino con el tipo de Estado-nación que se fue conformando; un Estado, donde los gobiernos de turno utilizaron la reivindicación marítima, legítima, por cierto, como instrumento político y como campaña electoral. No tomaron en serio, como corresponde, como estrategia de Estado el *problema* y la solución del *problema* de las pérdidas territoriales. Jugaron con los sentimientos populares con el fin de fortificarse y consolidarse en el poder.

Esto pasó con la connivencia pasiva del *pueblo*. Cuando el *pueblo* tomó *consciencia* de lo acontecido, se manifestó políticamente, derribando a los que consideró *responsables* de la *derrota*; esta actitud fue evidente después de la guerra del Chaco con la revolución de 1952. Se castigó a la *oligarquía* con la *guerra federal* de fines del siglo XIX, pero no se asumió el alcance de la derrota militar de la guerra del Pacífico en toda su consecuencia política. Los liberales pactaron con los conservadores, los federalistas con los unionistas, ante el temor de la *guerra indígena*, encabezada por Zarate Willka. Los liberales firmaron la *claudicación*, el mentado Tratado de 1904. Las repercusiones de la *derrota* de la guerra del Chaco tuvieron mayor alcance; el *desenlace* histórico se manifestó en la revolución de 1952; lo que denominó René Zavaleta Mercado la "formación de la consciencia nacional" reconoció que el *enemigo* no estaba en el Chaco sino era *interno*, era la *oligarquía* minera, la denominada barrocamente, *feudal-burguesía*. Sin embargo, los gobiernos de la revolución (1952-1964) se entramparon en la *regresión*, después, en la *decadencia*, de la misma *revolución*. En lo que nos interesa, en este ensayo, usaron el caro tema de la demanda marítima políticamente, tratando con esto resolver los problemas internos de gobernabilidad. Después de medio siglo la historia se repite, aunque, como dice Karl Marx, se repite dos veces, una como *tragedia* y otra como *farsa*. El llamado "proceso de cambio", el que se desató con la *movilización prolongada* (2000-2005), que se pronunció con una convocatoria más profunda y de un ciclo largo, cuya memoria se remonta a la *guerra anticolonial indígena*, conformó una *forma de gubernamentalidad barroca*, una composición saturada que combina las extendidas redes clientelares, establecidas por el MNR durante el periodo regresivo de la revolución nacional, y la demagogia "indigenista". Sin embargo, repitió el mismo *modelo colonial extractivista del capitalismo dependiente* de la dramática revolución nacional. El "gobierno progresista" asumió la reivindicación marítima de la misma manera que todos los gobiernos que le antecedieron, como

recurso de convocatoria para resolver las *crisis de gobernabilidad*. La tónica de la diplomacia desplegada, a pesar de las primeras fintas, de “diplomacia indígena”, después de “diplomacia de los pueblos”, cayó en lo mismo, en la práctica leguleya, que reconoce el Tratado de 1904, y busca el reconocimiento de parte del Estado de Chile de la existencia del tema pendiente.

En resumen, la *historia política* padecida, desde la derrota de la guerra del Pacífico, es como la reiteración de la *derrota*. Si bien se puede decir que el Estado-nación se constituye histórica y políticamente con la revolución de 1952 – antes, en 1825 se constituyó jurídica y políticamente –, plasmándose en la *materialidad institucional*, este Estado-nación se limitó al *mediano ciclo histórico*, no respondió al *problema* develado en la guerra del Pacífico, menos al *largo ciclo histórico*, que deviene desde antes de la conquista y la colonización. Este Estado-nación experimenta su crisis en la secuencia de gobiernos que le siguen, después del golpe militar de 1964. La movilización prolongada (2000-2005) abrió el *horizonte histórico-político*, dando oportunidad para abordar la *cuestión estatal* desde una perspectiva *histórico-política-cultural* mayor; empero, la composición de los *dispositivos de captura de fuerzas* fue, mas bien, conservadora, dando lugar a un *barroquismo populista* recurrente del *círculo vicioso del poder*. El desenvolvimiento de una *voluntad nihilista singular* optó por una “estrategia” modesta de pedir la “obligación de negociar”, basada en conjeturas leguleyas y probables interpretaciones respecto a un “compromiso” adquirido por iniciativas, interacciones, intenciones y agendas de gobiernos de los estados involucrados. Diga lo que diga el “gobierno progresista”, su política y diplomacia respecto a la demanda marítima siguió circunscribiéndose en lo mismo que los gobiernos anteriores, en la *claudicación*.

La pregunta no es, por cierto, ¿por qué nos encontramos atrapados en un destino o en una fatalidad derrotista?, esto sería como aceptar la *tragedia* de la *condena*; no somos parte de una *trama* tejida por las hilanderas de la luna, *somos lo que hacemos*, lo que practicamos, lo que producimos y constituimos cuando realizamos acciones, cuya *tendencia resultante* termina siendo la que imprime su sello en los sucesos, eventos y *desenlaces* históricos. Por eso, debemos preguntarnos ¿por qué repetimos prácticas cuyos efectos demoledores conforman una secuencia de *derrotas*. Pareciera como si nos hubiésemos dejado *encantar* por una *pasión dramática*, la del *eterno retorno de la víctima*. Alguien podría adelantarse, por cierto, de una manera apresurada y equivocada, y diría que nos gusta perder. Pero ¿a quién le gusta perder? Ni siquiera al masoquista, quien se deleita en su *goce*; halla la victoria en su *goce*. En cambio, a nosotros la *derrota* nos deja una demoledora irradiación de *frustración*. Entonces, ¿por qué seguimos en lo mismo? Repitiendo las mismas *prácticas* de la *casta política*, en todas las tonalidades que se quiera, en todos los colores que se distribuyan, en todo tipo de discurso que se enuncie, en las distintas *formas de la ideología*. Conocemos en demasía a los políticos, a quienes les encanta el poder, que es el *objeto oscuro del deseo*, el *deseo del deseo*, por lo tanto, imposible de satisfacer, quienes están enamorados de *sí mismos* y la única "realidad" que ven es su propia *imagen narcisista* en el *espejo*. Entonces, ¿por qué se sigue optando por ellos, como si esta fuera la lista incambiable, dentro de la cual hay que optar. Toda la gama política, desde los conservadores hasta los "revolucionarios", pasando por liberales, nacionalistas, neoliberales, neo-populistas, progresistas, institucionalistas y demócratas de toda laya, que creen que la democracia significa votar por ellos, es la gama de la *derrota*.

No se trata, como dice la cantaleta acostumbrada, de hallar a nuevos "líderes". Esto es como cambiar nombres y perfiles a los mismos guiones. Repetir que el *pueblo* necesita de "liderazgo"; al contrario, los que se pretenden "líderes" necesitan de un "pueblo" que crea en ellos, que crea que existen, cuando son productos de su *imaginario colectivo*. Lo que llama la atención en esta *historia*, que es parecida a la de otros *pueblos* del mundo, aunque con distintos estilos y entramados, es que el *pueblo* no se asume como *protagonista*, aunque jurídicamente diga que es el *soberano*; requiere delegar el *protagonismo* político a estos personajes que se llaman sus "representantes". Esta dependencia respecto de los "delegados" y "representantes del pueblo" es *síntoma* patético de inmadurez. Pero, se trata de una *inmadurez* internalizada por los *aparatos ideológicos*, que tienen entre sus *maquinarias* y *dispositivos* a los *aparatos de enseñanza*; en la contemporaneidad a los medios de comunicación de masa. Este "pueblo" es producto *histórico-político-cultural* de los *diagramas de poder* de la modernidad. La *dominación* moderna, sea liberar o socialista, sea neoliberal o neopopulista, requiere de un "pueblo" como público de *legitimación*, requiere del *referente* discursivo que sirva a la *legitimación* de la *casta política*.

Entonces, este derrotero histórico, de nuestra guerras y territorios perdidos, no tiene que ver con una *fatalidad* ni *condena*, ni con lo que el sociólogo conservador Alcides Arguedas Díaz denominó "pueblo enfermo", de una manera prejuiciosa y racial, sino con la *composición* de las *prácticas sociales* que desplegamos, donde, a pesar de identificarse *prácticas* contestatarias, incluso de *voluntad de potencia* o , por lo menos honestas y hasta consecuentes, la abundancia y proliferación de *prácticas* pragmáticas y oportunistas termina inclinando la *tendencia* al derrotero del que hablamos. Se terminan imponiéndose los charlatanes, los demagogos, los oportunistas, los

megalómanos, que logran desplazar a los otros perfiles, con mejores proyecciones para el *porvenir*. Esto en parte pasa porque el pueblo, que es una *composición dinámica de multitudes*, se deja embaucar por estos prestidigitadores de la *promesa* o por estos creyentes dogmáticos de la *institucionalidad*. Las *instituciones* son *instrumentos* construidos por las sociedades, en principio para la sobrevivencia, extrañamente después convertidas en *finés* mismos de la sociedad; es cuando la sociedad decide ser esclava de sus criaturas.

¿Cómo se puede encontrar un *punto de inflexión* que quiebre esta curva de la *tendencia derrotista* y que salga del *círculo vicioso del poder*, que en el caso *singular* que nos compete, corresponde al enriquecimiento de la *casta política* a costa del *fracaso* del país? ¿Cómo fortalecer a los estratos interpretores, transgresores, rebeldes, también a los estratos consecuentes, honestos, dedicados, para que se impongan, incidan determinadamente en la *tendencia resultante*, y arrinconen a los pragmáticos, oportunistas, charlatanes, megalómanos? Esta es la pregunta; solo el *pueblo* puede responder, en un detente en el camino, en una evaluación colectiva, en una autocrítica social, sobre todo en una deliberación conjunta que busque *transiciones consensuadas*.